

Cuento del juego propuesto en el capítulo 20 del Podcast

Divagaciones sobre la escritura

de

Javier Luque y Jose Mejuto

Después de la primera noche vinieron muchas más, incluso más de las que yo hubiera predicho o soñado. Lo último me parece más exacto; nuestra relación fue un sueño, aunque hubo días en que el sueño terminó en pesadilla, como les sucede a casi todos. La razón de que las apariciones de Alejandro siempre fueran en lunes es que era cocinero y ese día no trabajaba. El motivo de las visitas era simple: le había gustado la comida y la cocinera. Quizá lo primero fuera un halago para conseguir lo segundo; Alejandro siempre ha sido un seductor y yo estaba a punto de cumplir cuarenta y un años, lo que significa que había entrado en esa edad en la que es difícil que una mujer se resista a los halagos, por más que desconfíes de su sinceridad.

Alejandro ni era ni es un cocinero cualquiera; si les dijera su apellido no tendrían problema en darme la razón. En contra de lo que imaginé la primera vez que lo vi, tenía treinta y tres años. En mi defensa he de aclarar que nadie hubiera dicho que era más joven que yo. A muchos puede que les parezca que nuestras vidas se asemejaban, y quizá en parte tengan razón; sin embargo, lo que esperábamos de ellas en nada se parecía. Como yo, estaba huérfano desde pequeño, pero él llevaba toda la vida entre pucheros, en eso me aventajaba, y si hasta los dieciocho años no había salido de Zarautz, y casi tampoco del restaurante de su abuela, a partir de ese momento había vivido en medio mundo y pasado por mil cocinas, desde los bares más infectos de Indonesia, Marruecos o Brasil, hasta los mejores restaurantes de toda Europa, incluida Francia. Hablaba varios idiomas con fluidez y, si volvió a España, fue con un único objetivo: ser reconocido como el mejor. Si me preguntan, les contestaré que lo consiguió; si le preguntan a él, no sé cuál será su respuesta, aunque hace tiempo que no le preocupa.

En mi caso, ya lo saben, ni había viajado apenas ni hablo más idioma que el nuestro ni aspiraba a ningún reconocimiento profesional. Ya me conocen: soy demasiado vaga y el éxito es un trabajo demasiado exigente.